



ESCRITURA, COMUNIDAD Y ‘EFECTO DOCUMENTAL’ EN *PRISIÓN EN CHILE*, DE ALEJANDRO WITKER

Writing, Community and Documentary effect in *Prison in Chile*, by Alejandro Witker

JAUME PERIS BLANES

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA (ESPAÑA) jaume.peris@uv.es

Profesor de literatura y cultura latinoamericana en la Universitat de València, ha investigado en torno a las relaciones entre cultura y violencia política en América Latina y España. Fue profesor durante dos años en la Université d’Antananarivo (Madagascar). Ha publicado los libros *La imposible voz. Memoria y representación de los campos de concentración en Chile* (2005, Cuarto Propio) e *Historia del testimonio chileno* (2008, Quaderns de Filologia). Actualmente investiga en torno las relaciones entre cultura e imaginación política en América Latina y España.

RECIBIDO: 1 DE NOVIEMBRE DE 2017

ACEPTADO: 23 DE DICIEMBRE DE 2017

RESUMEN: *Prisión en Chile*, de Alejandro Witker, fue uno de los textos testimoniales de mayor impacto en los años que siguieron al Golpe Militar. Sus diferentes paratextos identificaban la enunciación testimonial como una forma de combate que podía sustituir a las formas tradicionales de la lucha política. Para hacerlo, el texto de Witker desarrollaba una serie de estrategias de construcción textual que le servían para discursivizar la idea fundamental de experiencia colectiva y para crear un ‘efecto documental’ que potenciaría su función de denuncia.

PALABRAS CLAVE: Testimonio, campos de concentración, comunidad, ‘efecto documental’.

ABSTRACT: Alejandro Witker’s *Prison in Chile* was one of the most important testimonies in the early years of Chilean dictatorship. Its paratexts identified the act of bearing witness as a new kind of struggle in substitution of the traditional ways of fighting. Witker’s text developed some original textual strategies for representing the idea of collective experience and also for creating a ‘documentary effect’.

KEYWORDS: Testimony, concentration camps, community, ‘documentary effect’.

Peris Blanes, Jaume

“Escritura, comunidad y ‘efecto documental’ en *Prisión en Chile*, de Alejandro Witker”.

Kamchatka. Revista de análisis cultural 10 (Diciembre 2017): 473-487.

DOI: 10.7203/KAM.10.11187 ISSN: 2340-1869

En 1975, la prestigiosa editorial mexicana Fondo de Cultura Económica publicó *Prisión en Chile*, de Alejandro Witker¹. El historiador chileno narra allí su experiencia vivida tras el golpe de Estado militar que acabó con el régimen socialista de Salvador Allende y, sobre todo, daba testimonio de su internamiento en diferentes espacios de represión como la Isla Quiriquina, el Estadio Regional de Concepción y el campo de concentración de Chacabuco, en un recorrido que duraría casi un año, hasta que en septiembre de 1974 fuera liberado y pudiera salir de Chile con destino a México.

Prisión en Chile fue, pues, un testimonio temprano, que abrió el camino a otros textos testimoniales de los setenta y que, de algún modo, sentó las bases para que el discurso de los supervivientes chilenos ganara espacio en el circuito editorial latinoamericano. Otros textos importantes habían sido editados unos meses antes², pero la inclusión del texto de Witker en una editorial del prestigio y la repercusión de FCE marcó un punto de inflexión en los discursos sobre la represión chilena y en la creciente integración del lenguaje testimonial en las estrategias de denuncia de los regímenes militares de América Latina.

El objetivo de este artículo es analizar el modo en que Witker presentó una propuesta que, entre el conjunto de testimonios que se publicaron en los años que siguieron al golpe, se caracterizaba por su explícita vinculación ideológica, moral e histórica al proyecto socialista de la Unidad Popular. Mediante el análisis textual del testimonio y sus paratextos se tratará de definir la concepción de la escritura testimonial que subyacía a la publicación de *Prisión en Chile* y de explicar en relación con ella las estrategias de representación más importantes que la atraviesan. Entre ellas, dos gestos fundamentales: la voluntad de poner en relato la idea de experiencia colectiva que la dictadura había cercenado y el intento de crear un 'efecto documental' que potenciara la función de denuncia del testimonio.

1. EL TESTIMONIO COMO NUEVA FORMA DE LUCHA

El libro de Witker se integraba en una serie de textos tempranos que daban un sentido muy claro al acto de narrar las experiencias vividas en los campos de concentración, y que integraban su discurso en una actividad que nada tenía que ver, en principio, con lo literario, sino con lo propiamente político, aunque algunos conceptos y procedimientos surgidos del campo de la literatura se utilizaran para resaltar la potencia política del texto.

¹ Witker, militante socialista, había ocupado diversos cargos en la Universidad de Chile, sede Chillán, entre 1966 y 1970, y en la Universidad de Concepción desde 1970 hasta el golpe de Estado. En su largo exilio (1974-1989) trabajó como profesor en diversas universidades mexicanas, como la Universidad Autónoma de Ciudad de México y la Universidad Autónoma de Puebla. A su vuelta a Chile volvió a trabajar como docente en la Universidad de Concepción y en la Universidad del Bío-Bío, donde dirigió el Taller de Cultura Regional. Ha publicado numerosos libros de historia, algunos de ellos centrados en figuras políticas como O'Higgins o Recabarren y otros en la cultura regional del Bío-Bío, como *La silla del sol*. En 1976, ya exiliado en México, recibió el premio Casa de las Américas en la categoría de Ensayo por su investigación *Los trabajos y los días de Recabarren*.

² Valga citar los ejemplos de Hernán Valdés (1974) y Rodrigo Rojas (1974).

Estos relatos, que carecen de toda pretensión literaria, que están muy lejos de ser un estudio sobre el fascismo chileno. Son apenas unas páginas de periodismo combatiente para denunciar, una vez más, los crímenes contra nuestro pueblo, y el testimonio de una experiencia compartida con quienes serán, para toda la vida, hermanos de un mismo sufrimiento y una misma esperanza (Witker, 1975: 24).

Esa autodefinición inicial señalaba muy claramente algunos de los elementos fundamentales que Witker asociaba al acto de testimoniar. De entrada, reivindicaba su alejamiento del discurso literario y de cualquier dimensión estética que pudiera derivarse de esa vinculación, pero también de la aspiración científica o académica que se supondría a un 'estudio sobre el fascismo chileno'. De ese modo, Witker definía su posición de escritura por oposición a dos modos del discurso muy marcados: la literatura y el ensayo sociológico. Tras exponer lo que su texto no era, Witker proponía dos definiciones posibles para explicar la naturaleza de *Prisión en Chile*. Por una parte, "periodismo combatiente para denunciar los crímenes" de la dictadura militar; por otra, "testimonio de una experiencia compartida". De hecho, las ideas de denuncia pública y de experiencia colectiva constituían, sin duda, los dos ejes fundamentales de la intervención de Witker.

El prólogo que Galo Gómez Oyarzún³ hacía al texto incidía en esa doble vinculación, describiéndolo como un "libro pleno de calor humano que muestra una parte de la tragedia de nuestro pueblo; pero lleno de fe, esperanza y espíritu de combate" (Witker, 1975: 12). En las palabras del prologuista no resulta tan importante resaltar las ideas expuestas como el léxico, el tono de escritura y su retórica enfática, que inscribían el libro de Witker en una dimensión estrictamente política, identificando su publicación con un acto de combate: "que su lectura nos incite a honrar a los que cayeron, con la unidad, la autocrítica creadora, el compromiso de seguir en la lucha. ¡Adelante en el combate, la resistencia y la solidaridad! Mañana, Chile amanece" (Witker, 1975:13).

En ese prólogo, como en otros textos del mismo periodo, se adivinaba una concepción muy clara del valor que se daba al acto de testimoniar: significaba, ni más ni menos, continuar por otros medios y en el exilio la lucha socialista que había sido cercenada por el golpe y la represión. El propio Witker, en una densa introducción, desarrollaba esa idea y vinculaba explícitamente el acto de testimoniar con las luchas del porvenir, indicando que:

la tradición constituye un factor poderoso en todo movimiento revolucionario, y la clase obrera chilena, con su dilatada historia combatiente, ha conquistado en medio de la derrota trágica del 11 de septiembre valores morales y experiencias que habrán de fecundar en sus próximas batallas (Witker, 1975: 22).

Testimoniar significaba, pues, construir la tradición combatiente del futuro, resguardar en la escritura los valores de los que habrían de nutrirse las luchas futuras. Una forma, pues, de poner en relación el pasado reciente, cuyo sentido histórico y político intentaba recuperar, con el futuro próximo al que podría abastecer de referentes. El testimonio, por tanto, daba cuenta del pasado reciente y, haciéndolo, trataba de reactivar el potencial de futuro que anidaba en él.

³ Vicerrector de la Universidad de Concepción, compañero de Witker en la isla Quiriquina y también exiliado en México desde 1974.

Esa vinculación entre escritura, tradición y lucha se refrendaba de un modo explícito en dos de las escenas que Witker narra en su introducción. En la primera de ellas, contaba cómo un compañero de cautiverio le conminaba a dar testimonio de lo ocurrido dos días antes de ser asesinado: “Tú tienes que hablar, no puedes callar; tienes la obligación moral y política de hacerlo” (Witker, 1975: 20). De ese modo, el acto de testimoniar se perfilaba como un deber ante los que ya no estaban, como un acto político de reparación y de justicia para las víctimas de la represión militar.

La segunda de las escenas relataba cómo Oscar Waiss, dirigente socialista, desafiaba a los militares blandiendo su puño en alto en medio del Estadio Nacional, en pleno cautiverio. Con palabras emocionadas, Witker daba una dimensión simbólica a ese puño en alto y vinculaba la escritura testimonial con la necesidad de resguardar la herencia que ese gesto condensaba. Más que eso, mediante la cesión de los beneficios económicos de la publicación a la organización socialista que pervivía de modo clandestino en Chile, Witker trataba de sellar la continuidad entre las luchas históricas de la izquierda chilena y esa nueva forma de lucha que constituía la escritura testimonial:

Ese puño en alto de Waiss fue todo un símbolo de más de cuarenta años de historia socialista. (...) Recoger el legado de esa historia es fundamental para realizar nuestro proyecto inconcluso; tarea a la cual aspiramos con humildad sirva en parte este libro, que escribimos con pasión socialista por Chile y su destino. El autor del presente testimonio ha resuelto destinar los ingresos que provengan de su edición como una modesta contribución, desde el exilio, a la dirección de nuestro partido, que, radicada en el interior de Chile, estimula a la militancia y a los trabajadores con el ejemplo de su consecuencia y lealtad revolucionaria (25).

La escritura testimonial se proponía, pues, como una nueva forma de combate que, en el nuevo contexto político de represión y exilio, podía sustituir a las formas tradicionales de la acción, ahora relegadas a la clandestinidad. Como puede verse en la cita anterior, el testimonio podía, incluso, ayudar a financiar las luchas clandestinas en el interior de Chile. Esa cesión económica materializaba, en realidad, una idea que se hallaba presente en no pocas de las publicaciones de la época: Luis Corvalán⁴, al prologar *Prigüé*, de Rolando Carrasco, señaló que su escritura lo situaba “entre los mejores combatientes de la causa antifascista chilena y como un brillante narrador”, indicando que el libro “será para el pueblo de Chile una valiosa contribución a la victoria” (Carrasco, 1977: 3-5). No fue la única autoridad política que contribuyó a validar esta nueva valoración de la escritura como performatividad política de primer orden en el escenario precario del exilio⁵.

⁴ Secretario general del Partido Comunista Chileno en los tiempos de la Unidad Popular.

⁵ Esa idea fue además refrendada por la crítica literaria. No en vano los dos estudios de referencia de la primera época se titularían explícitamente “La narrativa chilena de resistencia antifascista” de Anna Housková [1977] y “Testimonios de la lucha antifascista” de Jaime Concha (1978). Escribía Houskova: “En las épocas turbias –como la de la contrarrevolución en Chile y la lucha contra el fascismo– se hace más urgente la relación del arte con la realidad social. Los escritores chilenos antifascistas son conscientes de su responsabilidad social, los acontecimientos actuales en su país son decisivos y comprometedores para ellos, lo que los lleva a unir su creación literaria con las tareas del movimiento de resistencia contra el fascismo” (1977: [1996]13).

2. LA COLECTIVIDAD COMO LUGAR DE ENUNCIACIÓN

Witker era sin duda consciente de un problema central de la literatura testimonial del momento: a través del relato de una experiencia individual trataba de representar una experiencia histórica que no podía sino ser colectiva⁶. Otros testimonios de la época aludieron conscientemente a esa contradicción, como es el caso de Hernán Valdés en su crucial *Tejas Verdes. Diario de un campo de concentración en Chile* (Hernán Valdés, 1974). El texto de Valdés abordaba la representación del campo diseccionando los efectos de la violencia en su subjetividad y, por tanto, construía una mirada fuertemente individualizada; y sin embargo, en sus primeras ediciones señalaba que si testimoniaba no era “con el objeto de exhibir o comunicar una desgraciada experiencia personal, sino para mostrar, a través de ella, la experiencia actual del pueblo chileno” (1974: 5)⁷.

La aparente contradicción entre voz individual y experiencia colectiva apuntaba, desde luego, a una percepción generalizada en los supervivientes de los campos: la propia existencia de un sujeto colectivo con capacidad autoorganización estaba seriamente amenazada por la violencia militar. No se trataba, desde luego, de una percepción errónea: efectivamente, la extrema violencia desplegada tras el golpe militar, el sistema de campos de concentración que se puso en marcha a lo largo de todo el país y las nuevas formas de violencia que se sistematizaron durante años produjeron un violento *shock* en la población que no solo sirvió para descabezar a la oposición a la dictadura, sino que permitió que el régimen militar produjera una serie de reformas económicas, sociales y legislativas que vendrían a transformar por completo al país pero que, además, produjeron un quiebre sin retorno en la percepción social de la relación entre experiencia individual y experiencia colectiva.

Tomás Moulián (1996) habló de “revolución capitalista” para hablar de esa aleación entre violencia extrema y transformación económica que caracterizó a la dictadura militar. Ubicándola en un proceso más amplio y global, Naomi Klein ha argumentado que lo ocurrido en Chile constituyó el laboratorio de experimentación de un funcionamiento que se extendería a buena parte del mundo en las décadas siguientes y que acabaría conociéndose como neoliberalismo. Su expansión global estaría, según Klein, ligada a una violenta “doctrina del shock”: para poder implementar las reformas económicas neoliberales sería necesario un episodio violento y desestabilizador -una catástrofe natural, una crisis económica, una guerra o un levantamiento militar, por ejemplo- que dejara a buena parte de la población en estado de shock (Klein, 2007) y, por tanto, sin capacidad de respuesta. Si el caso de Chile es paradigmático de esa ‘doctrina del shock’ es porque en él la aleación entre violencia y neoliberalismo fue nítida y programática y desde el principio hubo una relación directa entre el terrorismo de estado y la voluntad de transformar radicalmente el sistema económico (Salazar, 2013). Pero el neoliberalismo, lo sabemos, no es solo un modo de gobernabilidad y un sistema de regulación de la economía sino que es también un espacio de producción de subjetividad particular, que redefine por completo el modo en que los sujetos se relacionan con lo colectivo (Laval y Dardot, 2013). En un

⁶ Puede hallarse una reflexión más detenida y global sobre el problema de la experiencia en la literatura testimonial en Peris Blanes (2014).

⁷ Para un análisis detallado del texto de Valdés, ver Peris Blanes (2005).

sistema en que la lógica de la empresa se constituye en modelo para la construcción de subjetividad, no hay lugar para relaciones con los demás que no estén basadas en la competencia y la individualidad.

Durante los años sesenta y principios de los setenta, había cuajado en Chile un imaginario a la vez revolucionario y democrático, que había legitimado las demandas populares de reconocimiento y participación y había hecho que llegara al poder, por vía democrática, un proyecto socialista con un programa nítido de redistribución de la riqueza que buscaba reformar por completo la estructura económica de la sociedad chilena. No se trataba, únicamente, de una toma de poder puntual, sino de un proceso histórico de construcción de identidades y demandas colectivas del que el triunfo electoral no era sino el corolario. Un impresionante proceso de construcción de colectividad, que hacía que la experiencia individual, en todos los órdenes de la vida, no fuera inteligible sino como parte de una experiencia colectiva.

Buena parte de la violencia desplegada por la dictadura militar en sus primeros años de gobierno tuvo como objetivo principal desarticular los lazos sociales creados en ese espacio, quebrar las identidades políticas que se habían construido en las décadas anteriores y desarticular el movimiento popular que había sostenido y acompañado la llegada al poder de la Unidad Popular. En otras palabras, se trató de destruir las formas de la comunidad y los lazos de solidaridad que se habían construido en el lento y continuado proceso de luchas sociales que precedieron al golpe militar. El carácter extremo y sistemático de la violencia de estado no fue, pues, un “error de cálculo”, un “exceso” o un “desvío irracional”, como se explicaría más tarde, sino una condición de posibilidad para la implantación en Chile de un capitalismo pleno para el que no se daban las condiciones en un sistema democrático y con identidades políticas tan fuertes como las que caracterizaban al Chile de los primeros setenta.

Para llevar a cabo esa desarticulación del tejido social y de las identidades colectivas que acompañado a los movimientos populares previos al golpe, la dictadura desplegó una violencia continuada, pero que presentó ciclos diferenciados⁸. La violencia de la que da cuenta el testimonio de Alejandro Witker se corresponde con el primer ciclo del periodo del terror: los campos de Isla Quiriquina, el Estadio Regional y Chacabuco formaron parte de la primera constelación de campos de concentración improvisados que la dictadura militar puso en marcha para desarticular a los grupos políticos y movimientos sociales que podían oponer resistencia al nuevo gobierno. La vida en los campos estuvo atravesada por múltiples formas de violencia, que produjeron efectos muy diferentes en los detenidos. Pero casi todos ellos aluden, al recordar su experiencia, al hecho de que buena parte

⁸ Si miramos la dictadura militar en su conjunto, pueden diferenciarse dos grandes periodos políticos a los que corresponderían dos lógicas diferentes de violencia. Desde el golpe de estado de septiembre de 1973 hasta 1978 puede hablarse nítidamente de un ‘periodo del terror’ que se cerraría con la clausura de la DINA y que daría paso al ‘periodo de institucionalización’, de 1978 a 1989 (Guerrero, 2000: 140). Si nos centramos en el periodo terrorista, pueden diferenciarse a su vez dos grandes lógicas de la violencia: la primera, coincidente con el estallido posterior al golpe, se alargó hasta mediados de 1974 y se caracterizó por detenciones masivas y con causas prácticamente arbitrarias, sin más criterio que el de una cierta identificación al proyecto de la Unidad Popular; la segunda comenzó ese mismo año con la creación de la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA), cuyas características específicas le daban una mayor capacidad de acción que a los actores previos de la represión, además de mayores recursos y más medios estatales (Guerrero, 2000: 141).

de esas violencias presentaban una intención común: aislar a los detenidos unos de otros, quebrar sus estrategias de solidaridad, y destrozar aquellos elementos, físicos o simbólicos, que podían generar entre ellos una sensación de unidad o comunidad. El primer objetivo de la violencia, pues, era sin duda acabar con las identidades y formas de organización colectiva.

Los testimonios de la primera época dan cuenta de todo ello, pero en su forma de escritura, cada testimonio encaró de un modo diferente ese problema. Para Alejandro Witker se trató de un problema crucial: su testimonio trataba de resguardar, en el terreno de la escritura, ese carácter colectivo de la experiencia que la violencia militar estaba tratando de desarticular.

El libro se dividía en ocho capítulos de diferente extensión: aunque los más extensos presentaban una ordenación cronológica, aludiendo a los sucesivos espacios de internamiento, había también una serie de capítulos más breves que apuntaban a reflexiones más generales sobre la naturaleza y los efectos del golpe militar en los que lo vivido en los campos no constituía el objeto principal de la representación. Ese era uno de los gestos fundamentales del testimonio de Witker: inscribir el relato de la experiencia vivida en los campos en una reflexión más amplia sobre la significación política e histórica del golpe desde una perspectiva ideológica y moral que se identificaba sin matices con el proyecto de la Unidad Popular y con la militancia socialista. Cada uno de los capítulos, además, se hallaba introducido por un breve fragmento que transcribía la voz de otro prisionero, recogido en algún campo de concentración: “Un minero de Lota, Quiriquina, 1973; Una dirigente campesina, Quiriquina, 1973...”. De ese modo, Witker trataba de traducir textualmente el carácter colectivo de la enunciación testimonial, de la misma forma que se refería a su texto como “nuestro testimonio” (22), atribuyéndole una autoría plural⁹. Esa voluntad de crear una enunciación colectiva se traducía en diferentes estrategias discursivas que atravesaban diversos estratos de la representación narrativa.

La más evidente de ellas consistía en la inclusión de voces ajenas. De hecho, Witker inscribía en el texto relatos sobre la represión no vividos directamente por su autor, sino escuchados a otros supervivientes o leídos en publicaciones y periódicos que, en algunos momentos, aparecían reproducidos literalmente. Era, por ejemplo, el caso del largo y desgarrador testimonio de Ana María Morgado Rubilar, en el que narraba el brutal asesinato de su marido Patricio Weitzel Pérez (64-68). Se trataba de un testimonio expuesto en la Tercera Reunión Internacional Investigadora de los Crímenes de la Junta Fascista Chilena en México (febrero de 1975) y que Witker reproducía integralmente, cediéndole la voz de su relato. De ese modo, durante cinco páginas se leía la voz traumatizada de Ana María Morgado, narrando en primera persona su búsqueda de información sobre el paradero de su esposo y el hallazgo de su cadáver. El gesto de Witker era sin duda curioso: no sólo incorporaba a su texto las voces escuchadas en los campos durante el encierro, sino que, además,

⁹ Refiriéndose a otro texto que utilizaba el mismo procedimiento, señalaba Houskova: “Ya este plural, usado con la naturalidad del hombre identificado con el colectivo, es recurso de cierta generalización: la prisión, el tratamiento inhumano están presentados como típicos para la realidad chilena de hoy” (1977 [1996: 17]).

abría su texto a relatos leídos o escuchados con posterioridad a su liberación, y de los que en el momento del encierro desconocía su existencia.

Además de incluir en el tejido textual múltiples voces ajenas, el texto de Witker ponía un énfasis especial en todas aquellas dinámicas, acciones o situaciones vividas en los campos que pudieran metaforizar de algún modo el carácter colectivo de la experiencia de la represión. En primer lugar, el texto subrayaba especialmente aquellos actos heroicos (como el ya mencionado puño en alto de Oscar Waiss), que podían erigirse en símbolos de una actitud resistente que involucraba a toda la comunidad de detenidos¹⁰. En segundo lugar, Witker aludía insistentemente a todas aquellas formas de colaboración entre los detenidos que permitían sacar información de los campos, contactar con los familiares, conocer lo que ocurría en el exterior... En tercer lugar, el texto ponía un énfasis especial en las capacidades organizativas de los detenidos y en su habilidad para poner en marcha proyectos en el interior del campo, tanto en el ámbito de las cuestiones materiales (abastecimiento, distribución...) como en el de la cultura y la educación. Su detallada descripción de la autoorganización de los presos en los diferentes campos (especialmente en Chacabuco) iba acompañada de una reflexión que vinculaba esa capacidad organizativa con el proyecto socialista de la Unidad Popular.

Chacabuco es el fiel reflejo de lo que fue el gobierno de la Unidad Popular, se decía una y otra vez en los cotidianos comentarios de la vida social, en las charlas de los paseos de la tarde, alrededor de un mate o una 'taza de café. Chacabuco reflejaba diariamente la formidable calidad humana y política de la inmensa mayoría de los presos, pero también las debilidades ideológicas y morales de algunos elementos retrasados políticamente o de comportamiento incompatible con los ideales del socialismo. Uno de los rasgos más característicos del pueblo chileno es su notable experiencia organizativa. Los presos de Chacabuco confirmaron esas virtudes sociales. Se creó una completa organización administrativa encargada de enfrentarse a una infinidad de problemas derivados de las necesidades materiales y espirituales de casi un millar de gentes. En cada pabellón se designó un jefe encargado de representarlo en una junta que fue llamada Consejo de Ancianos (107-108).

La actitud y la organización de los prisioneros en el campo, por tanto, aparecían explícitamente vinculadas al proyecto socialista que había sido, en el terreno político, violentamente cercenado por el Golpe Militar y la dictadura. Se trataba, de algún modo, de una metáfora de la idea de colectividad socialista. De ese modo, testimoniar sobre la vida en los campos, y sobre el modo en que los detenidos afrontaron individual y colectivamente esa experiencia, suponía un acto de resguardo de esa experiencia colectiva amenazada por la violencia militar. Desde ese punto de vista, relatar la experiencia de los campos significaba crear un espacio donde lo que quedaba de ese proyecto cercenado pudiera ser rescatado¹¹.

¹⁰ Para un análisis de los espacios de encuentro entre los detenidos en los testimonios de los campos chilenos ver el artículo de Santos Herceg (2015).

¹¹ En el capítulo "Locura en tiempo de guerra" (127-147), en el que recopilaba una serie de "episodios que ilustran acerca de uno de los rasgos más característicos del fascismo chileno: la locura" (127), se articulaban hábilmente las dos estrategias que venimos de detallar, presentando diversas historias escuchadas en los campos y a otros supervivientes a modo de ejemplos del funcionamiento insano de la represión y de la dignidad de la resistencia que se le opuso.

Por todo lo anterior, puede decirse que el estatuto comunitario de la experiencia concentracionaria, tal como señalaban los supervivientes en la época, alcanzaba en el testimonio de Witker un carácter central, que determinaba buena parte de las estrategias de composición. La idea de experiencia colectiva, en muchas ocasiones reñida con la forma textual del testimonio, no sólo constituía uno de sus principales objetos de representación, sino que se proponía como el lugar de enunciación desde el que el mundo concentracionario podía ser representado.

3. LA DISTANCIA DE LA REPRESENTACIÓN

Esa vocación colectiva del testimonio se traducía también en un adelgazamiento de los elementos subjetivos de la voz narrativa, que incluso ante las situaciones más terribles intentaba mantenerse analítica y reflexiva. Este era, de hecho, uno de los elementos más sorprendentes y llamativos del texto de Witker, que no podía dejar de causar una cierta extrañeza al lector. De forma muy hábil Witker reconducía esa sensación y trataba de politizarla, mediante un juego de distancias que intentaba dar dimensión política a su representación de la violencia represiva.

En uno de los momentos más importantes de *Prisión en Chile*, al describir la lógica de la tortura en los campos, señalaba: “sería interminable y hasta morboso describir cada caso de tortura que conocimos en los meses de cautiverio en la Isla Quiriquina. Nos limitaremos a dar una versión panorámica” (35), dando paso a una descripción voluntariamente aséptica de la tortura, que pudiera parecer más propia de un tratado antropológico que del testimonio de un superviviente.

Los castigos corporales eran muy variados: descargas eléctricas que se aplicaban en los órganos sexuales y en el ano, pecho, sobre el corazón; a las mujeres, en ambos senos, en los ojos, en la nariz. En estos lugares se colocaba un apretador, conectado a un artefacto eléctrico, para luego accionarlo hasta provocar en el prisionero extenuantes crisis nerviosas, vómitos, desmayos, e incluso infartos cardiacos que costaron numerosas vidas. Los cuerpos solían ser golpeados con látigos de goma, cadenas metálicas y palos, y por supuesto por las botas de los torturadores. Se practicaba el colgamiento de los prisioneros. Unas veces se les mantenía suspendidos de una viga, atados de los pies con la cabeza hacia el suelo, o bien de las manos fuertemente atadas. De una u otra manera, el suplicio se practicaba por varios días, incluso semanas, y era matizado con lanzamientos violentos contra los muros. Las quemaduras eran procedimiento socorrido: en una de cuyas variantes se procedía a quemar los senos de las mujeres con cigarrillos encendidos (Witker, 1975: 36).

Como puede verse, Witker evitaba claramente cualquier deriva sentimental e, incluso, vincular la descripción de las torturas con la experiencia personal que, como superviviente, poseía. En su tipología de los castigos no afloraba nada del orden de la experiencia subjetiva y ninguna marca textual vinculaba al sujeto hablante con las dinámicas que estaba describiendo. De hecho, la mirada de Witker trataba voluntariamente de desvincularse de cualquier anclaje experiencial, y el armado sintáctico del texto excluía la participación subjetiva en las acciones narradas (“los castigos corporales eran”, “en estos lugares se colocaba”, “los cuerpos solían ser golpeados”, “el suplicio se practicaba”...), tanto por parte de los torturadores como de las víctimas.

De ese modo, hablaba de la implicación de los cuerpos en procesos más o menos abstractos, pero desvinculándolos de cualquier experiencia personalizada. Por una parte, trataba de desanclar la representación de su recuerdo personal y de las sensaciones subjetivas de un único individuo: desde la perspectiva de Witker se trataba de una experiencia colectiva y de ese modo había de ser representada. Pero además, esa distancia era la respuesta a una de las grandes dificultades de la enunciación testimonial que otros supervivientes, como Manuel Cabieses, enfrentaban en la misma época: “despersonalizar nuestra situación no sólo alivia, sino que permite comprender mejor” (Cabieses, 1975: 67).

La construcción de esa distancia objetivante obedecía a muy diversos factores, pero guardaba una estrecha relación con una de las características básicas de la violencia represiva: su carácter cosificador. Si el objetivo fundamental de la tortura era arrebatar a los detenidos su especificidad como sujetos individuales y reducirlos a pura existencia somática¹², una representación despersonalizada, voluntariamente despojada de interferencias subjetivas y reducida a procesos abstractos y objetivos podría aludir a ese proceso de cosificación y desobjetivación que tiene lugar en la tortura. No sólo Witker, sino también otros supervivientes chilenos en el exilio optaron por ese tipo de representación abstracta y relacional de la violencia, alejada de cualquier vocación sentimental.

En un famoso texto sobre la literatura testimonial chilena, Lucía Guerra Cuningham señaló a este respecto que “la distancia del Sujeto con respecto a esa experiencia vivida constituye en sí un problema estético de representación” (1987: 228). Habría que añadir que, además de un problema estético, en el contexto politizado de la publicación de *Prisión en Chile*, su voluntaria contención emocional, apuntaba, además, a un problema ético. Un problema ético de representación que es propio de todas las formas del testimonio, y que tiene que ver con la mediación del superviviente entre el acontecimiento narrado y su impacto en la conciencia del lector (Forcinito, 2015; Ávila, 2015). A la manera de los textos de Primo Levi, Witker trataba de no interferir entre la representación de la tortura y la respuesta emocional del lector, obligándole a construir su propia posición ética ante ella. Era esa una concepción moral de lo que significaba testimoniar, que no todos los supervivientes compartían, pero que en el texto de Witker aparecía de forma harto evidente.

4. TESTIMONIO Y EFECTO DOCUMENTAL

Como se ha comentado anteriormente, algunos de los capítulos de *Prisión en Chile* trataban íntegramente episodios y acontecimientos ocurridos fuera de los campos de concentración y que Witker había conocido mayoritariamente tras su liberación. En “La revancha de los terratenientes” (59-69) analizaba el modo en que el golpe militar había creado las condiciones para una revancha histórica de los poderosos de las zonas rurales frente a aquellos que se habían visto

¹² Albert Sucasas señaló que la experiencia vivida en los campos tenía en su centro a la vivencia del propio cuerpo, “pero de un cuerpo que ya no cabe considerar, sin más, como cuerpo propio”. En ese sentido, la dinámica del campo tendría como objetivo y efecto la destrucción de la subjetividad y la identidad: “sin identidad, el concentracionario se convierte en pura existencia somática, en carne desnuda” (Sucasas, 2000: 198).

favorecidos por las políticas redistributivas de la Unidad Popular. En “El golpe en la Universidad” (70-79) diseccionaba los efectos del golpe en la Universidad de Concepción y la militarización de la vida universitaria, con el consiguiente desprecio por el pensamiento humanista y científico. En “La batalla de los murales” (80-82) narraba la persecución de la pintura mural —que había constituido un medio de expresión popular de primer orden durante el periodo de la UP— tras el golpe militar, en el contexto de persecución de la cultura de izquierdas que siguió al golpe.

Más allá de los temas específicos de los que hablaba el texto, lo importante es la concepción del testimonio que ello revelaba. Si otros supervivientes, como es el caso ya mencionado de Hernán Valdés, pensaron la escritura testimonial como la representación detallada de los procesos subjetivos que habían tenido lugar durante el encierro y la tortura, el texto de Witker se alejaba conscientemente de ese modelo y proponía otra forma de pensar la actividad testimonial. Frente a la rigurosísima focalización interna de Valdés, Witker no pensaba su texto como un relato del yo en un contexto de violencia, sino más bien como un análisis del proceso violento en diversas dimensiones. Una de ellas, evidentemente, era la del efecto de esa violencia en el periplo de un sujeto sometido a las lógicas del encierro y la concentración. Pero, parecía decir Witker, ello sólo era comprensible en un contexto más amplio que el superviviente debía también analizar y explicar.

El texto de Witker se sostenía sobre, al menos, un doble eje. El que hacía referencia a su experiencia y la de sus compañeros en los campos de concentración y el que trataba de reflexionar, de un modo global, sobre la naturaleza del golpe militar y de la dictadura capitalista que éste había puesto en marcha. Esos dos ejes atravesaban todo el texto y, en determinadas escenas, se entrecruzaban. Las escenas, por ejemplo, en las que proponía metáforas de la comunidad a partir de la representación de las acciones de los detenidos, constituyen un buen ejemplo de ello.

Pero en ese espacio de tensión entre el testimonio de la experiencia y el análisis político e ideológico de la realidad, el texto abría direcciones novedosas, que tenían que ver con un afán documental. De hecho, Witker incorporaba elementos que resultaban insustanciales narrativamente, pero que tenían una importante carga informativa: en determinados momentos la narración se detenía y abría paso a listados más o menos exhaustivos con los nombres de los represores y de las víctimas o los lugares de detención y tortura...

El principal centro de tortura de los marinos estaba ubicado en el Fuerte Borgoño, en la base Naval de Talcahuano. Por el Borgoño pasaron centenares de hombres y mujeres de todas las edades, calificados, “a ojos”, como los elementos presuntamente “más peligrosos”. (...) En el equipo de torturadores destacaban el capitán Ariosto Koller; los tenientes Arnoldo Runa, Luis Silva, Pedro Aretxavala y los médicos Minolletti y Jeria, encargados del “trabajo científico”. Al igual que en todos los aspectos en que se examine la conducta de los militares fascistas chilenos, en el Fuerte Borgoño campeaba la arbitrariedad más absoluta. Se podría decir que la única constante del “trabajo” en el fuerte era la crueldad. Las formas específicas de tortura variaban de un preso a otro, de un día a otro, de un torturador a otro. Nunca se sabía exactamente qué le iban a hacer a un prisionero, pero éste tenía la certeza de que sería llevado a un martirio enloquecedor (35).

Como puede verse, en el fragmento se articulaban dos ejes diferentes. Por una parte, una descripción del centro de tortura y de la lógica que imperaba en él, desde el punto de vista del impacto emocional que podía tener en sus víctimas. Para ello, Witker recurría a una focalización interna que vinculaba la representación del centro de tortura a la percepción que de él tenían los detenidos que enviaban allí (“no sabía”..., “tenía la certeza”...). Por otra parte, una sucesión de nombres que rompía con esa lógica y que daba al texto una dimensión documental de primer orden.

—Sí, pero las armas sin pueblo no llevan a la revolución... hay que dar la lucha con las masas... lo demás es puro voluntarismo pequeño burgués... ¿Por qué no dejamos las frasecitas del misal a un lado y analizamos la realidad chilena, sus peculiaridades históricas, su estructura de clases, sus instituciones, su marco cultural, y de ahí partimos para diseñar una estrategia y una táctica adecuada? —proponía un tercero.

—Sí, las leyes de la historia son muy claras, y no cabe andar descubriendo otra vez verdades que son del porte de una catedral. .. ¿No les parece? —se insistía desde alguna parte. —¡Pero, compañero!, las verdades universales del marxismo deben ser aplicadas creadoramente en cada país, de acuerdo con sus peculiaridades nacionales y dentro de una perspectiva internacional de la lucha de clases... —era la réplica.

En otro rincón se escuchaba una apasionada discusión sobre la responsabilidad de los dirigentes de la izquierda en la condición del proceso chileno:

—Yo creo que los dirigentes que nos condujeron al fracaso deben ser relevados... los generales de la derrota no dan confianza para las próximas batallas.

—Pienso que hay “generales” y “generales” en esta guerra contra los momios y el imperialismo. (...) Aquí hubo dirigentes que asumieron sus responsabilidades al riesgo de sus vidas y también los hubo que huyeron y desertaron cobardemente. ¿Usted cree, compañero, que las próximas batallas deberán dirigirlas los “generales” que dejaron todo botado, olvidando sus responsabilidades y sus palabras sonoras sobre el enfrentamiento?

—Por supuesto que no, pero creo que la izquierda debe renovar sus cuadros dirigentes (86-87).

En esos largos parlamentos, Witker reproducía y elaboraba diferentes estilos de discusión, propios de la izquierda chilena que había perdido el poder tras el golpe militar. En ellos, los detenidos reflexionaban sobre las causas de la derrota, las actitudes posibles ante la dictadura militar y las posibilidades de futuro en el contexto de la represión masiva instaurada por el nuevo régimen. Recogiendo esas discusiones y dándoles un lugar importante en su testimonio, Alejandro Witker producía, por una parte, ese efecto documental al que se ha aludido anteriormente. Pero además realizaba ese esfuerzo de resguardo y rescate de la experiencia de la Unidad Popular que, al principio de este artículo, detectábamos como un elemento central de la enunciación testimonial en la poética de Witker.

5. CONCLUSIONES

El testimonio de Witker presentaba una concepción de la escritura testimonial totalmente imbricada en el imaginario político de los años setenta y que, por tanto, se hallaba en las antípodas de las poéticas testimoniales que, en la última década, han venido a representar la violencia militar chilena desde una perspectiva subjetivada, individualizada y fuertemente afectiva, en el contexto

sociodiscursivo que Annette Wieviorka (1998) definió como el de la 'era del testigo' y que en el caso chileno parece comenzar a consolidarse a principios del siglo XXI (Peris Blanes, 2008).

Frente a las poéticas testimoniales que predominan en la sociedad actual, el texto de Witker, característico de las primeras intervenciones del exilio, presentaba una lectura política de la violencia represiva y una concepción combativa (literalmente) del acto de testimoniar. De hecho, publicar el texto no consistía solamente, como se ha visto, en relatar la experiencia vivida en los campos, sino en resguardar, rescatar y valorizar una experiencia de la colectividad y, en definitiva, una forma de entender la realidad que era la propia de esa comunidad combativa, identificada por Witker con el proyecto socialista, que había sido derrotada por la violencia militar.

Como se ha analizado en el artículo, esa concepción colectivista de la enunciación testimonial se traducía en una serie de procedimientos narrativos y textuales que hacían del texto, en sí, una operación de combate político que, en el contexto del exilio, podía sustituir y complementar a las formas tradicionales de la lucha. Que esa concepción del testimonio, directamente ligada a la lucha política, fuera abandonado por las poéticas testimoniales de las últimas décadas y tendencialmente sustituida por el paradigma de la memoria traumada, no debe hacernos olvidar que, en su contexto original, los testimonios de la represión chilena cumplían una función muy diferente a la que las ideologías contemporáneas le otorgan en la actualidad.

BIBLIOGRAFÍA

- ÁVILA, Mariela Cecilia. “El testimonio y su dimensión filosófica: producciones de sentido sobre las dictaduras militares del Cono Sur”. *Kamchatka. Revista de análisis cultural* 6 (2015): 633-649. DOI: <https://doi.org/10.7203/KAM.6.7031>
- CABIESES, Manuel (1975). *Chile: 11808 horas en campos de concentración*. Caracas: Rocinante.
- CALVEIRO, Pilar. (2000) *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires: Colihue.
- CARRASCO, Rolando (1977). *Prigüé*. Moscú: Novosti.
- CONCHA, Jaime. “Testimonios de la lucha antifascista”. *Araucaria de Chile* 4 (1978): 128-147.
- GUERRA CUNINGHAM, Lucía. (1987). “Polivalencias de la confesión en la novela chilena del exilio”. *Texto e ideología en la narrativa chilena*. Minneapolis: Institute for the study of ideologies and literatura: 227-249.
- FORCINTO, Ana. “La voz visible. Una acercamiento al testimonio de ex presos políticos en Uruguay”. *Kamchatka. Revista de análisis cultural* 6 (2015): 529-547. DOI: <https://doi.org/10.7203/KAM.6.6402>
- HOUSKOVÁ, Anna. “La narrativa chilena de resistencia antifascista”. *Revista de Crítica Literaria latinoamericana* 3.5 (1977). Reproducido en Promis, José (ed.) 1996. *1973. El relato chileno visto desde el exterior*. Valparaíso: Universidad Puntágeles: 11-30.
- KLEIN, Naomi (2007). *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*. Barcelona: Paidós.
- LAVAL, Christian; DARDOT, Pierre (2013). *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Barcelona: Gedisa.
- MOULIAN, Tomás (1996). *Chile actual. Anatomía de un mito*. Santiago de Chile: LOM.
- PERIS BLANES, Jaume (2005). *La imposible voz. Memoria y representación de los campos de concentración en Chile: la posición del testigo*. Santiago de Chile: Cuarto Propio.
- PERIS BLANES, Jaume (2008). *Historia del testimonio chileno. De las estrategias de denuncia a las políticas de memoria*. València: Quaderns de Filologia.
- PERIS BLANES, Jaume. “Literatura y testimonio: un debate”. *Puentes. Revista de crítica literaria y cultural* 1 (2014): 10-17.
- PERIS BLANES, Jaume. “Usos del testimonio y políticas de memoria. El caso chileno”. *Kamchatka. Revista de análisis cultural* 6 (2015): 549-581. DOI: <https://doi.org/10.7203/KAM.6.7675>

- ROJAS, Rodrigo (1974). *Jamás de rodillas. Acusación de un prisionero de la junta fascista en Chile*. Moscú: Agencia de Prensa Novosti.
- SALAZAR, Gabriel (2013). *Villa Grimaldi. Historia, testimonio, reflexión*. Santiago de Chile: LOM.
- SANTOS HERCEG, José. “Lugares de encuentro en los espacios del horror. Acercamiento testimonial a los centros de detención y/o tortura chilenos”. *Kamchatka. Revista de análisis cultural* 6 (2015): 651-664 . DOI: <https://doi.org/10.7203/KAM.6.6812>
- SIMÓN, Paula. “Nunca digas nunca. Usos del testimonio en la producción cultural de la postdictadura argentina”. *Kamchatka. Revista de análisis cultural* 6 (2015): 583-602. <https://doi.org/10.7203/KAM.6.7809>
- SUCASAS, Albert). “Anatomía del *lager*. (Una aproximación al cuerpo concentracionario)”. *Isegoría* 23 (2000): 197-207.
- VALDÉS, Hernán (1974). *Tejas Verdes. Diario de un campo de Concentración en Chile*. Barcelona: Ariel.
- WITKER, Alejandro (1975). *Prisión en Chile*. México: FCE.